

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO INDEPENDIENTE Y DE NOTICIAS

ECO IMPARCIAL DE LA OPINION Y DE LA PRENSA

Fundador: D. Manuel Maria de Santa Ana.

PRECIO DE LA SUSCRIPCION
MADRID Edición de la mañana. 1 Pta. Mas.
PROVINCIAL Y PORTUGAL. 2 Ptas. Trimestre
ESTRANJERO. 3 Ptas. Trimestre
PRECIO DE LA VENTA
Por mayor, 50 céntimos
Por menor, 10 céntimos
Redacción y Oficinas: Factor, 7, Madrid.

PUBLICIDAD
Los anuncios de todas clases referentes a Bancos y Sociedades, a precios convencionales.
Se reciben en esta Administración y en todas las agencias de publicidad nacionales y extranjeras.
Con arreglo a la Ley, cada anuncio pagará 10 céntimos por impuesto de timbre.
Toda la correspondencia y giros deben dirigirse al ADMINISTRADOR.
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

AÑO LVI.—NÚM. 17.290

Madrid.—Martes 13 de Junio de 1905.

Cinco ediciones diarias.

Crónicas del viaje

VII

Ha terminado la visita de Don Alfonso al país inglés, y como habréis visto, amigos míos, el Protocolo se ha cumplido al pie de la letra. No ha habido sorpresas, ni noticias románticas, ni atentados anarquistas. Todo ha ocurrido normalmente, regularmente, con arreglo al programa anunciado. Los periodistas que han venido de España se llevan el recuerdo de las ceremonias más fastuosas que pueden organizarse en un país moderno.

Verdad que Inglaterra no es un pueblo moderno más que por sus máquinas, pero medieval por el espíritu y las costumbres. Pero fuera de la satisfacción personal que ha de producirse el hecho de haberla presenciado, se vuelven con el desconsuelo de no haber encontrado la noticia sensacional que venían buscando.

En esa exactitud, en esa puntualidad con que el programa oficial se ha realizado, hay, sin embargo, una lección y un modelo. Aquí se ha visto, cuando el tiempo lo ha permitido, por ejemplo, en la revista militar de Aldershot, que las multitudes ovacionaban en el preciso momento en que se pedía de ellas la ovación: a la llegada de los Reyes y cuando Don Alfonso desfiló por delante del Rey Eduardo, a la cabeza de los Lanceros rojos. Y es que la influencia oficial es todopoderosa en Inglaterra. Hay aquí dos partidos políticos que se profesan odio encarnizado. Pero allí donde vayan juntos Mr. Balfour, jefe del Gobierno, y sir Campbell-Bannerman, jefe de las oposiciones, como han ido a la mayoría de las fiestas celebradas en honor de Don Alfonso, allí les acompaña, entusiasta y unánime, la opinión de Inglaterra. Pero esta lección tal vez sea aplicable a España. Porque si es natural que aquellos pueblos que han sido guiados por sus clases gobernantes al esplendor del éxito, sientan por ellos confianza y adhesión, aunque hubiesen ya perdido las virtudes que determinaron el triunfo, es natural también que los españoles nos sintamos más individualistas...

En busca de la noticia romántica me encamé ayer a Windsor. Almorcé en el hotel del Cisne en la compañía de tres reporteros ingleses, que también habían oído hablar en Covent Garden de que en la visita a Windsor se hablaría de la boda. El comedor daba frente al castillo que se alza en la colina dominante en el valle del Támesis. Sus terrazas, sus murallas de piedra gris, sus innumerables torrecillas y campanarios y sobre todo su extensión enorme, pues cubre un campo de 13 hectáreas, le daban un aspecto del todo imponente.

Dentro del castillo almorzaba Don Alfonso. Antes de llegar había recibido los mensajes de adhesión de los alcaldes de Paddington (Londres) y de Windsor. La real villa estaba enguirnada, y el saludo, con efecto, dos notas románticas; y el hijo a Don Alfonso en la estación de Windsor de ocho muchachos españoles de buenas familias que se educan en Beaumont College, donde se educaron dos primos de Don Alfonso, hijos de la Infanta Eulalia, los Infantes Alfonso y Luis Fernando. Don Alfonso les dijo en español: «Sed diligentes en vuestros estudios y cuando escribáis a casa decid a vuestros padres que el Rey de España les saluda.»

Hubo después otra nota romántica. La visita al Mausoleo de Frogmore, donde reposan los restos de la Reina Victoria. Don Alfonso se arrodilló respetuosamente y estrechó silencioso la mano del Rey Eduardo. Pero los Reyes se volvieron a Londres sin que llegara a nosotros el menor rastro de la gran noticia que andábamos buscando.

Y vino después el gran baile de gala de Buckingham Palace. Pero no puedo hablar directamente de él, porque, naturalmente, sólo estuve en la puerta. Los que deseen conocer detalles, no tienen más que abrir las enormes páginas del *Morning Post* o del *Standard*. Sólo los nombres de los asistentes ocupan tres columnas y media del tipo más pequeño; unas ocho o diez columnas de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

Pero la noticia gorda siguió sin parecer por parte alguna.

Y es que en este viaje no había noticia alguna que perseguir, aparte del ceremonial anunciado. La noticia estaba preciamente en ese ceremonial. El mundo oficial de Inglaterra tenía particular empeño en testimoniar al Rey de España que no abriga sentimientos hostiles respecto a su persona, y lo ha hecho mediante las fiestas más costosas que se han celebrado en Londres desde que visitó esta metrópoli el Emperador Napoleón III, aliado de los ingleses en Crimea.

Por lo que hace a la persona de Don Alfonso, no puede negar nadie que se ha captado grandes simpatías. El *Standard*, periódico que se ha distinguido por el extenso espacio que dedica a los asuntos españoles, publica un artículo al despedir a nuestro Rey, en que se expresa brillantemente la impresión que Don Alfonso ha dejado en Inglaterra. No lo traduzco integro por suponer que ha de faltar espacio en las columnas de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA; pero si extracto sus conceptos principales:

«La impresión dominante, primera y última, que ha producido Don Alfonso, es la de un estudiante inglés de buena familia.

«Por sus vestidos es un gentleman, en cuanto no se hace notar. Es más alto y más rubio que la inmensa mayoría de los españoles. Su cabello es de los que aquí se califican con la palabra *inglés*, ni muy claro, ni oscuro. Los hombros anchos y el cuerpo esbelto, hacen pensar en los chicos ingleses. Se decía que era triste y delicado. No es ni una cosa, ni otra. Es pálido por herencia que no ha podido corregir los ejercicios corporales, ni el aire libre; pero es fuerte. Parece triste cuando está inmóvil, en la actitud de un Rey; pero apenas se desvanece el reposo, adquiere su rostro la movilidad de humor y la simpatía de un joven sano y bien nacido, dotado de agradable sonrisa.

«La extraordinaria curiosidad despertada en torno del Rey, procede de su juventud y del hecho de haber nacido Rey, porque la gente se pregunta si faltaría a Don Alfonso la dosis de humana experiencia que hasta los Príncipes necesitan. Y la contestación del articulista del *Standard* es la siguiente:

«La respuesta es un argumento pasmoso en favor del hecho de haber nacido Rey. Alfonso XIII es mucho más racional, natural e impulsivo al mismo tiempo, que la mayoría de los jóvenes ingleses de su edad. Las plumas de la vida de la Corte, el temprano ejercicio de un gran poder y la propinquidad de la adulación incesante, no han estropeado en lo más mínimo una naturaleza destinada a tomar parte no pequeña en el porvenir de la política europea.»

Pero no se trataba únicamente de agasajar a Don Alfonso, sino de conquistar para Inglaterra la simpatía de la nación entera. Claro está que el propósito era interesado, pero como han pasado ya los tiempos en que las cuestiones de la política internacional se trataban en el misterio, los periódicos ingleses nos dicen claramente lo que piden de nosotros y lo que a nosotros nos ofrecen.

En punto a claridad, nada tiene que desear el artículo de fondo que el mismo *Standard* nos dedica. Traduzco los párrafos que a política internacional se refieren:

«Los acontecimientos se han puesto de tal forma, que la visita del Rey Alfonso ha adquirido una significación con la que no se había contado del todo cuando se preparó.

«La semana se ha señalado por la caída del ministro que dirigió durante siete años los negocios extranjeros de Francia y cuyo nombre se relacionaba estrechamente con la *entente cordiale* existente entre dicho país y la Gran Bretaña.

«Afortunadamente no hay razón para creer que la cordialidad de ambos pueblos se cimienta sólo en una base personal. Están ligados por intereses comunes, por algo idéntico en desarrollo político y por una mutua inteligencia entre semejantes, pero simpáticos temperamentos.

«Lo que nos sucede con Francia, nos pasa con España. La sabiduría de establecer estrechas relaciones con las naciones situadas en los límites de la Europa continental, cuyo poder está en las costas, y que sólo indirectamente se hallan envueltas en los problemas de la diplomacia centro-europea... La historia ha demostrado una vez y otra la vital importancia de los litorales mediterráneos y atlánticos de España y Portugal para la estrategia marítima de la Gran Bretaña.

«La alianza con grandes Potencias continentales, cuyos ejércitos se cuentan por millones de hombres, no es de vital importancia para nosotros; en cambio nos es del mayor servicio la buena voluntad de Estados más fuertes por su posición geográfica que por la virtud del poder material. La prosperidad de España, Portugal, Holanda y Bélgica constituye un interés británico de primera magnitud.

«Por las ventajas que obtenemos de una estrecha amistad con el reino de Don Alfonso podemos ofrecer un pago sustancial. En los barcos que los saludamos a Su Majestad cuando deje las costas de Inglaterra reside el poder de la Gran Bretaña para garantizar los intereses y las posesiones de España allende el mar, así como la inviolabilidad de sus costas. Con el litoral a salvo, España tiene poco que temer de un enemigo extranjero.

«Actualmente la protección que el poder marítimo de la Gran Bretaña puede dispensar es de primera importancia. La hora de la regeneración española creemos que está llegando. Por la dura cirugía de la guerra, España se ha visto privada de dependencias que no le aportaban beneficios, sino que minaban su fuerza. Ahora tiene libertad para fijar su atención en el desarrollo de sus inmensas riquezas naturales.

«Las islas que le quedan en el Mediterráneo y en el Atlántico, así como las plazas del Norte de África, son posesiones que natural y legítimamente desea conservar. Es también interés británico que sigan en manos españolas. No hay contingencia probable de que la seguridad y el bienestar de España lleguen a no constituir un objeto importante de la política inglesa.

«Por virtud de su poder marítimo, Inglaterra posee y debe seguir poseyendo la llave del mar Mediterráneo. Pero la posee como un portero, no sólo para sí, sino para todas las naciones, y muy especialmente para aquellas cuyas costas ciñen el mar latino.

A estas graves, pero claras palabras del *Standard*, había dado por adelantado respuesta nuestro ministro de Estado con estas otras, que aunque más repetidas, para que en los importantes problemas internacionales que se aviesan tenga la opinión española ideas categóricas:

«Nuestras relaciones políticas con la Gran Bretaña no pueden ser mejores, y nos hallamos en los mejores términos.

«Esta visita a vuestro país significa que mantenemos todos nuestros compromisos con Francia e Inglaterra respecto a las cuestiones pendientes.

«No hay asuntos en litigio entre Inglaterra y España, y es difícil prever cómo puedan mejorarse nuestras relaciones, porque son todo lo buenas que puede desearse. Pero aun así, aun en ausencia de materias litigiosas, una visita tal como ésta es de la más alta significación internacional, porque no sólo realiza los buenos sentimientos existentes, sino que estrecha más los lazos que ligam ambos países.»

«Perfettamente. Pero en el caso más que probable de que Francia se decida a modificar el Convenio anglofrancés sobre Marruecos? No creará llegado el momento el Sr. Villaurrutia de modificarlos en pro de nuestro país, ya que esta solución sería probablemente la única en que pudieran acordarse un acuerdo Alemania, Francia y España? No creo que sea un poco escarmentada ya en sus ambientes territoriales e Inglaterra?

Pero calma, calma, que el asunto la merece y la requiere.

Ramiro de Maozzu.

LO DEL DÍA DON ALFONSO XIII EN MADRID

A la hora en que escribimos estas líneas, se prepara Madrid para tributar a Don Alfonso XIII elocuentes testimonios de las simpatías que profesa a su Soberano, de la gratitud que siente hacia las naciones que entusiásticamente le recibieron, y de la indignación que en todos los espíritus produjo el cobarde atentado de que fué víctima en París.

Quiénes hayan leído las líneas en otro lugar insertas y en las que daba cuenta LA CORRESPONDENCIA del delirante recibimiento hecho a Don Alfonso XII en el año 1883 a su regreso de París, podrán deducir, como nosotros, que el espíritu de los tiempos ha cambiado y que, por fortuna, no están reguladas las relaciones internacionales por exclusivismo ni por odios.

El hijo de Don Alfonso XII ha sido aclamado en París con verdadero delirio, y los franceses han demostrado sentir grandes afectos por España, tributando a nuestro Rey honores jamás superados, ni aun cuando se trató de festejar a Soberanos de naciones aliadas.

Hace años ovacionaba Madrid a Don Alfonso XII, y en sus ovaciones manifestaba claramente la protesta contra un pueblo; hoy, al aclamar Madrid a Don Alfonso XIII llegaran las ovaciones hasta París, llevando en sus ecos palabras de amor y de gratitud. De amor, porque los dos pueblos hermanos de raza han olvidado antiguos antagonismos; y de gratitud, porque España está altamente reconocida a la conducta que Francia ha observado durante la visita del Rey.

También hoy, junto a la ovación, habrá manifestaciones de protesta; pero, también hoy, al recibir al Rey, se mezclarán los votos por el éxito con las censuras contra el atentado. Pero hoy no son estas protestas como las de ayer: al protestar, manifestamos nuestras simpatías por Francia, pues el atentado, aun cuando dirigido contra Don Alfonso, tendía a privar de la vida a los dos Jefes de Estado, demostrando sus autores que el golpe no iba dirigido contra las supuestas tendencias socialistas de la Monarquía española, sino que, como siempre son los atentados anarquistas, un acto de fuerza contra el orden social.

Justo es por lo tanto que hoy, cuando Madrid aclame a Don Alfonso, lleguen los ecos de esas aclamaciones hasta Francia, demostrándole que España no es ingrata y que sabe testimoniar su gratitud.

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA se asocia de todo corazón a las manifestaciones que Madrid, en nombre de España, tributará a Don Alfonso XIII, y hace votos por que su reinado sea tan largo, tan feliz y tan próspero como merece quien, como nuestro Rey, ha sabido captarse las simpatías de los viciosos y de los extraños.

HACIA MADRID LA DESPEDIDA

San Sebastián 12.

Minutos antes de las ocho llegaron a Miramar el alcalde de San Sebastián y dos tenientes de alcalde, con objeto de saludar a S. M., y acompañarle hasta la estación.

La banda municipal recorrió las calles. En el trayecto desde Miramar hasta la estación se agolpa inmensa muchedumbre.

A las ocho en punto la comitiva se pone en marcha. Los Reyes van en un *bandau* descubierto. La muchedumbre los vitorea y aclama.

La banda municipal, situada en el Puente de María Cristina, toca al pasar los augustos viajeros, la Marcha Real.

El patio exterior del andén está lleno de gente, lo mismo que los andenes y salones, hasta el punto de dificultar la entrada de las regias personas y de la comitiva.

El salón aparece artísticamente adornado con plantas y flores.

Varias señoras obsequian a S. M. la Reina y a la Infanta con ramos de flores.

En el andén, una compañía de infantería, con bandera y música, hace los honores, presentando armas y tocando la Marcha Real al entrar los Reyes.

La muchedumbre prorrumpe al verlos en entusiastas, delirantes y continuadas ovaciones, agolpándose a su paso y permitiéndoles a duras penas acercarse al tren.

El Rey, que vestía uniforme de capitán general, recorrió el coche salón y los contiguos, asomándose a todas las ventanillas para saludar a todos los presentes, agitando las manos y repitiendo varias veces:

«Gracias, gracias. Adiós.

La Reina y la Infanta, emocionadísima, saludaban con los pañuelos.

Las aclamaciones y vitores continuaron largo rato, provocando un retraso de cerca de cinco minutos en la salida del tren.

En el momento de arrancar este redobláronse los gritos, los vivas, los aplausos, las aclamaciones, los saludos con sombreros y pañuelos.

El tren salió pausadamente, con las debidas precauciones, para evitar desgracias, pues los estridos de los coches rozaban al público.

Con el Rey van, además de las personas que le acompañaron al extranjero y del séquito que venía con la Reina, el duque de Alba, el Infante Don Alfonso y el marqués de Santillana.

El gobernador civil le ha acompañado también hasta Zumárraga. Volverá en el rápido de esta noche.

La manifestación tributada al Rey ha sido unánime y espléndida, como no se recuerda otra.

EN ALSASUA

Alsasua 12.

Acabo de llegar de Pamplona en tren especial.

El que conduce al Rey ha llegado poco después, a la hora exacta marcada en el itinerario.

La estación estaba iluminada con hachas de viento y luces de bengala, que le daban fantástico aspecto.

El tren entró en aguas en medio de aclamaciones entusiastas, vivas, aplausos, ovaciones cariñosísimas nunca conocidas aquí.

Cumplimentaron a los Reyes las autoridades, el obispo, los representantes del Comité liberal democrata, los cuales entregaron a S. M. la Reina y a la Infanta artísticos ramos de flores.

Durante el corto tiempo que el tren estuvo en Alsasua no cesaron las ovaciones.

EL REY EN AVILA

Avila 13.

A la hora anunciada llegó el tren real, siguiendo a Madrid tras una detención corta.

En los andenes esperaban las autoridades, diferentes Comisiones y un numeroso público.

Hubo muchos vivas y aplausos. Un grupo de señoritas obsequió a los augustos viajeros con ramos de flores.

En la estación formaba una compañía de alumnos de la Academia de Administración militar.

EN MADRID ANTES DE LLEGAR

Madrid se ha preparado desde muy temprano para recibir dignamente al Rey.

En los edificios oficiales ondea la bandera nacional, los balcones están tapizados, y desde las nueve una inmensa muchedumbre recorre las calles en dirección a la estación del Norte y lugares próximos, indicando que quiere ovacionar al Rey en el momento en que ponga pie en tierra, sin perjuicio de reproducir sus manifestaciones en el trayecto.

A las nueve y media comienza el paso de regimientos y de batallones. Las bandas de música y de clarines alegran con sus marciales acordes las animadas calles, y Madrid presenta el aspecto de las grandes solemnidades.

A las diez comienza la formación en los primeros trayectos del itinerario, y la muchedumbre es tan inmensa en el Norte, en la Cuesta de San Vicente, en la plaza de San Marcial y en la calle de Ferraz, que la tropa resulta insuficiente para contenerla. A duras penas queda libre el espacio que ha de recorrer la regia comitiva.

El sol, que a ratos se nubla, no molesta, y en ocasiones parece que el día va a ser lluvioso, avanzando grandes nubes llenas de agua, que dan al día tonos tómbales.

Los balcones están atestados de gente, y los dueños de muchas casas desahucadas han recibido ofertas de importancia para poder presenciar el paso de la comitiva. En los centros oficiales ha habido verdadera dificultad para complacer a los peticionarios, y los alquiladores de carruajes han tenido un gran día, pues es numerosa la cantidad de coches que se emplean en las bocacalles, convirtiéndose en tribunas móviles.

Las floristas han visto agotadas sus enormes provisiones de flores, indicando este detalle que Madrid prepara a Don Alfonso un recibimiento verdaderamente extraordinario.

Momentos antes de llegar el tren es imposible atravesar la plazoleta que da acceso al Norte.

Hay muchos millares de personas en la calle, en las verjas, en los desmontes, en los árboles, en todos los sitios que ofrecen alguna pequeña elevación. Será difícil contener esa enorme avalancha humana, y seguramente la tropa, los civiles y la escolta no podrán impedir que el coche real sea subido en volandas. Jamás hemos visto tanta gente reunida.

La Cuesta de San Vicente presenta hermoso golpe de vista. El Gobierno, las altas autoridades de la Milicia, de la Armada, de la Administración, del Clero; todo el elemento oficial con sus vistosos uniformes va a la estación, y resulta un espectáculo encantador.

El Rey va a llegar, y las tropas hacen esfuerzos inauditos para avanzar a la muchedumbre, que intenta avanzar algunos pasos, empujada por las nutridas filas que hay colocadas junto a las paredes, y que corren riesgo de ser aplastadas.

EN LOS ANDENES

A las diez era inmensa la concurrencia en la estación y en las cercanías. Las tropas habían formado. En la fachada principal ondeaba el pabellón nacional. En el andén y en el salón de descanso no había adorno alguno. La aglomeración de público iba aumentando en ellos por instantes. Una compañía del regimiento del Rey con bandera y música se situó a lo largo de la estación, a la izquierda del salón de descanso. Guardias Alabarderos formaban desde el vestíbulo al andén de llegada. Cubría todo este trayecto rico tapiz rojo.

A las diez de la mañana era difícilísimo el tránsito, por la gran concurrencia de elementos oficiales.

LAS INFANTAS

A las diez y cuarto llegaron a la estación SS. AA. las Infantas doña Isabel y doña Eulalia. La primera lucía lindo traje de paseo, color gris, y doña Eulalia, de blanco.

El apañido público que había en el vestíbulo les hizo una gran ovación, uniéndose a los vivas a las Infantas, otros a Sus Majestades, y singularmente al Rey.

La banda militar y la compañía del regimiento del Rey tributó a SS. AA. los honores de su alto rango.

EL INFANTE DON CARLOS

Llegó a la estación momentos antes del arribo del tren real.

Iba con uniforme de general, cruzado el pecho con la banda de Carlos III y al cuello las insignias del Torsón.

Entre tanto general como en la estación había, fué el infante confundido por el público, que no advirtió su presencia.

El Príncipe viudo de Asturias cruzó el salón de descanso y los andenes y fué al de llegada a unirse con las Infantas doña Isabel y doña Eulalia, que estaban con los ministros de la Corona y las autoridades. Acompañaban a SS. AA. la condesa viuda de Foreno, la marquesa de Nájera y la de Arco Hermoso.

LA CONCURRENCIA

Era cuanta cabía en los andenes, a las diez y media de la mañana.

En todos los semblantes advertíase la ansiedad y el deseo de ver y saludar a Don Alfonso XIII, cuya preciosa vida tan en peligro estuvo en París.

Era visible el entusiasmo de todos los allí presentes, y más visible aún en las señoras, que en crecido número esperaban a S. M. en aquel abigarrado conjunto de pueblo y elementos oficiales.

En el andén estaban los ministros de la Corona, de uniforme; las autoridades, los senadores, los diputados, varios obispos y numerosas Comisiones del Ejército y la Armada, mezcladas con elementos genuinamente populares, y brillante representación femenina de la aristocracia madrileña.

Entre aquella multitud, que se desbordaba entre filas de guardias alabarderos, vimos a los señores siguientes, dichos por el orden de nuestros apuntes, hechos con la ligereza que el caso requería:

Maura, Montero Rios, Romero Robledo, Moret, Sánchez Guerra, Maluquer, marqués de Pidal, Osma, Azcárraga, Polavieja, Hernández, De Blas, Requejo, Sánchez Toca, Allendesalazar, marqués de Viesca de la Sierra, Ramos Izquierdo, Fernández Celis, Molins, marqués de Reinos, marqués de Teverga, Santiago, Pando, Bazán, López Domínguez, Román, Arión, Santamaría de Paredes, García de la Vega, Mauri, marqués de Vivel, conde de Liniers, obispo dimitionario de la Habana, conde de San Luis, conde de Mejorada, Viesca, Alonso Martínez, La Vía, Santos, marqués de los Ulagares, Domínguez, Campo Ameno, Solier, Bria, Domínguez Pascual, La Cierva, Martínez (D. Justo), nuncio de Su Santidad, Martín Sánchez, Ruiz Jiménez, T'Serclaes, Danvila, Alvarez Guizarro, Sánchez Albornoz.

Martínez del Campo, Avilés, Moral de Calatrava, conde de Romanones, Ordóñez, Piña, marqués de Estella, Roland, López Dóriga, Gorostidi, Alvear, Cortina, Ciudad Añorbe, Suárez Inclán, Martín de la Bárcena, Mathé, marqués de Villamantilla, Villar y Villate, Nozaleda, general Almirante, Espinosa de los Monteros, conde de Albal, obispo de Madrid, Castro Casalete (D. J.), Molina y Molina, Isasa, Casa-Valencia, Jiménez Franco, Fernández (D. Gustavo), Eliza, Weyler, Cerro, Grotzard, Vega Armijo, Ferrándiz, Roco de Inola, Pulido, Mille, marqués de Figueroa, Auñón, Echegaray, Hinojosa, Sanz Escartín, Díaz Corobés, Cincunegui, La Bastida, Navarro Reverter, Sánchez Román y general Linates.

LEGA EL TREN

A las diez y treinta y cinco minutos se oye el estampido del cañón, saludando al tren real que entraba en agujas, y entre la inmensa concurrencia se produce un general movimiento de expectación, pugnando todos por acercarse lo más posible al andén de llegada.

La banda del regimiento del Rey recibe a S. M. con los acordes de la Marcha Real y el público aclama sin cesar y con el mayor entusiasmo al Monarca.

Al parar el tren, S. M. el Rey, de pie y en actitud de saludo militar, sonríe a todos.

Desciende del coche salón, besa la mano y la cara a las Infantas doña Isabel y doña Eulalia, saluda al Gobierno y seguidamente al ministro de la Guerra y de todos los elementos militares del distrito, pasó revista a la fuerza del regimiento que le tributaba honores.

Los vivas y los aplausos eran continuos.

Entretanto, la Reina y la Infanta María Teresa recibían calurosas felicitaciones y bienvidas.

El paso del Rey por el vestíbulo de la estación fué triunfal.

EL PRIMER CAÑONAZO

Cuando el tren en que venían SS. MM. llegó a los terrenos de la Casa de Campo, comenzaron a dispararse las salvas de ordenanza, y al sentir la muchedumbre que esperaba en los alrededores de la estación el estampido del primer cañonazo un estremecimiento recorrió la muchedumbre. Hubo grandes empujones, apretándose los unos contra los otros, y todos querían conquistar el puesto inmediato a fuerza de empujones.

Los jefes de la Escolta Real dieron las voces de mando y se colocaron en sus respectivos puestos.

A LA SALIDA

Los alrededores de la estación del Norte hallábanse invadidos por verdadera muchedumbre gruesa por alcanzar las primeras filas para ver de cerca al joven Monarca.

Por entre las patas de los caballos de la Escolta Real, metíanse los más atrevidos, llegando hasta situarse lo más cerca posible del sitio por donde había de salir Su Majestad.

Las fuerzas de Orden público, colocadas en la puerta de salida de la sala de espera, hacían vanos esfuerzos por contener a los curiosos que allí se estacionaban formando compactos grupos.

La rampa que desde el propaseo de San Vicente conduce a la estación del Norte veíase materialmente invadida por el público desde bien temprano, para desde allí ver la entrada del tren real en las agujas de la estación.

EL REY

Al aparecer el Rey en la puerta de salida de la estación, un ensordecedor vivó atronó la gran plazoleta.

Su Majestad colocóse junto al carruaje, esperando a que llegaran su augusta madre y su hermana, saludando sonriente a cuantas personas había próximas a él, y recibiendo mil enhorabuena por haber salido ileso del atentado de que fué víctima en París.

Subieron el landó Su Majestad la Reina y la Infanta María Teresa, y cuando lo hizo el Rey aumentaron los vivas y ovaciones, poniéndose en pie el joven Monarca y permaneciendo así largo rato, saludando a los que le vitoreaban entusiasmados.

FOTOGRAFÍAS

Una verdadera nube de fotógrafos aguardaba la salida del Monarca, enfocándole tan pronto como apareció sobre el carruaje.

Su Majestad saludó con la mano a los redactores artísticos de los periódicos madrileños, que le han acompañado en su viaje por el extranjero.

EN MARCHA

Con gran trabajo pudo moverse el carruaje en que iban SS. MM. y Sus Altezas Reales la Infanta María Teresa y el Infante Don Carlos.

Pisose en marcha la comitiva, y en el momento de arrancar el coche, cuando todavía no habían comenzado a moverse los caballos de la Escolta, la muchedumbre que por allí se agolpaba precipitose al lado del carruaje en que iba el Rey.

ENTUSIASMO

Todos querían ser los primeros en acercarse al Monarca y corrían tras el carruaje, empujándose y cayendo al suelo muchos y pasando por encima de ellos; los que detrás iban ganaban terreno para conseguir sus propósitos.

En el momento de llegar el Rey al paseo de San Vicente hubo una gran explosión de entusiasmo.

La verja que circunda los jardines del Campo del Moro había sido tomada por asalto, y agarradas a los barrotes veíanse muchísimas personas, distinguiéndose por su entusiasmo los sitios donde había grupos de jóvenes estudiantes.

Cada vez que el Rey distinguía uno de aquellos grupos de caras jóvenes, S. M. los saludaba particularmente con la mano.

Alrededor del carruaje iban más de cuarenta personas, sin cesar un momento de dar vivas al Rey y aclamando con delirio.

Todos los balcones de las casas del paseo de San Vicente hallábanse vistosamente engalanados con colgaduras de todos colores, predominando los de la bandera nacional.

Al llegar el joven monarca frente al establecimiento del Niágara, arrojaron muchas palomas sobre el carruaje.

En el número 8 del referido paseo se levantaba un arco de triunfo, hecho con hojarasca y adosado a la acera.

Sobre dicho arco se leía la siguiente inscripción: «A S. M. el Rey Don Alfonso XIII, el Circolo Instructivo del Obrero», y a los lados, en dos grandes medallones: «Viva el Rey!» «Viva la Reina!»

Junto al arco mencionado y al frente de un considerable grupo de socios del Centro Instructivo del Obrero, estaba el señor Aguilera, que al pasar S. M. dió un fuerte viva, que fué por todos contestado.

Las personas reales saludaron particular y afectuosamente al Sr. Aguilera.

LA CALLE DE FERRAZ

Al llegar la comitiva regia a la glorieta del cuartel de San Gil, hallábase la gran plazoleta

mucho mérito los había también en otros balcones de la calle de Ferraz.

EN LA CALLE DE QUINTANA

Por la calle de Quintana subieron los balcones del coche a media rueda, sin que a pesar de ello disminuyera ni por un solo momento la muchedumbre que rodeaba el landó donde iba el joven Monarca.

Al llegar a la esquina de dicha calle y de la Princesa, se adelantó al carruaje un hombre del pueblo, rompiendo por entre las filas de soldados, y sin hacer caso de los que trataban de detenerle, llegó hasta el coche, y quitándose respetuosamente el sombrero ancho que llevaba, dió un fuerte viva al Rey, á tiempo que le alargaba un precioso y monumental ramo de flores.

Su Majestad la Reina recibió el ramo de flores de manos del desconocido, dándole las gracias muy afectuosamente.

Al retirarse aquel hombre de junto al coche, lanzó otro viva al Rey.

Al llegar a la iglesia del Buen Suceso, las tropas habían formado un cordón, que impidió seguir al lado del carruaje á los que junto á él venían desde la estación.

Detrás del carruaje regio venían en otro landó SS. AA. las Infantas doña Isabel y doña Eulalia, acompañadas por el hijo de ésta, el Infante D. Alfonso, que vestía traje negro de levita.

Después iba en otros carruajes el resto de la comitiva.

EN EL BUEN SUCESO

Ofrecían un golpe de vista sumamente pintoresco.

Los balcones lucían colgaduras de todos colores, predominando los de la bandera de España.

En los hoteles de las Infantas Isabel y Eulalia había magníficos tapices y colgaduras de terciopelo.

En el hotel de la Infanta Eulalia se hallaba en la puerta principal un mulato que era objeto de las miradas de numerosos espectadores, pues contrastaba su color con el de la casaca y pantalón rojos, con media blanca, que vestía.

La iglesia del Buen Suceso se hallaba adornada por el exterior con magníficos paños de terciopelo granate, en los que campeaban los escudos de España y de la Inmaculada Concepción y las insignias de las Ordenes del Toisón de Oro y de Carlos III.

Otros paños ostentaban la flor de lis, castillos y leones.

Todos estos adornos son propiedad de la basílica de Atocha.

PREPARATIVOS

Minutos antes de las diez llegó á la calle de Quintana, cubriendo la carrera inmediatamente, una compañía del 14.º tercio de la Guardia Civil.

Poco tiempo después llegaron el batallón de cazadores núm. 2, situado desde su frente el general de brigada Sr. Losa, y el regimiento de lanceros núm. 3, poniéndose á su cabeza el general de división Sr. Huertas y Urrutia.

La bandera del regimiento de cazadores núm. 2 iba frente á la entrada principal de la iglesia.

En las bocanillas, para impedir el acceso del público á la calle de la Princesa, había parejas de la Guardia Civil, de Orden público y municipales de caballería.

Además formaban línea guardias de orden público de á pie.

A medida que se iba aproximando la hora de la llegada de la Familia Real, numeroso público invadía las aceras, formando tan compacta muchedumbre, que se hacía materialmente imposible circular por ellas.

Antes de las diez y media ocupaban las aceras de la fachada principal de la iglesia todos los jefes y oficiales de la guarnición franceses de servicio.

Próximos al pórtico se encontraban, entre otros generales cuyos nombres sentimos no recordar, los Sres. March, Rios, Alsina, Manglano, Orozco y Montes Sierra.

Todos los uniformes, con las cruces y bandas, ofrecían un conjunto brillantísimo.

LA IGLESIA POR DENTRO

No tenía adorno alguno.

Se hallaban encendidas todas las arañas.

A lo largo de la nave, que cubría una alfombra, daban guardia, formando dos filas, los alabarderos.

Al lado del Evangelio había un sencillo dosel con dos sillones y reclinatorios, y almohadones de damasco y terciopelo rojos.

Próximos á los dos sillones se hallaban colocados cinco más.

Frente al dosel había reclinatorios de damasco rojo para los prelados.

LA ENTRADA

Desde la iglesia se oyeron muy bien los cañonazos que anunciaban la llegada del tren real á la estación, produciendo en los espectadores un movimiento general de expectación.

Las Comisiones oficiales ocuparon inmediatamente sus puestos.

Las miradas de todos los concurrentes se dirigían á lo largo de las calles de Ferraz y Princesa, ávidas de ver al Rey.

Los balcones ofrecían un golpe de vista brillantísimo con las hermosas mujeres que los ocupaban, teniendo en las manos ramos de flores para arrojarlos al paso de Don Alfonso XIII.

A medida que transcurría el tiempo, la impaciencia era mayor, notándose bien á las claras las simpatías con que cuenta el Rey, y pues los concurrentes se estrujaban y peleaban por ver algo del trayecto.

A las once menos cinco minutos, un toque de atención, después la Marcha Real, y el volar de las campanas echadas á vuelo, anunciaron la llegada al templo de Don Alfonso XIII.

En medio de entusiasmas vivas que partían de los militares y de los paisanos, descendió la Familia Real del coche, siendo recibida por el gobernador y por el alcalde.

El Rey estrechó la mano á varios generales que se acercaron á saludarle.

Al pórtico salieron á recibirle, bajo palio, el obispo de Sión, revestido de pontifical, y el cardenal arzobispo, de Toledo, Sr. Sancho.

El obispo de Sión dió el agua bendita á la Familia Real.

El anillo de este prelado y el del cardenal Sancho lo besaron el Rey, la Reina, las Infantas Isabel y Eulalia, el Príncipe viudo de Asturias y el Infante don Alfonso.

Frente á la Familia Real se sentaron el cardenal Sancho y el obispo de Madrid Alcalá, Sr. Guisasaola, colándose de pie detrás de estos prelados los capellanes de

honor de la Real Casa D. Antonio Toras, D. Pedro Mendez Pineda, D. Luis Calpena, D. Antonio Pacín, D. Cándido Manzanos, D. Javier Vales, D. Joaquín Pérez San Julián, D. Antonio Nieto, y el ayuda de oratorio D. Pedro Sánchez Perea.

En la nave y del lado del Evangelio se hallaban próximos á la Familia Real los duques de San Carlos, la condesa viuda de Toreno, los duques de Sotomayor, Santo Mauro y Vistahermosa y el general Bascarrá, y á continuación el Gobierno en pleno, hallándose á la cabeza el señor Villaverde.

Dando frente al Gobierno se encontraban los profesores del Rey, el caballero Sr. Pineda y el secretario de Embajada Sr. Spottorno y á continuación los generales, jefes y oficiales de la guarnición.

Entre los concurrentes se hallaba la marquesa de Squitche.

Para celebrar la misa, el obispo de Sión se quitó las vestiduras pontificales y se puso una casulla.

Estuvo de presbitero asistente el cura de la Real Capilla D. Francisco María de Bustinduy.

Terminada la misa, que fué oída con gran devoción por la Familia Real y demás fieles, el coro de la Real Capilla acompañado por la orquesta que dirige el maestro Zubiaurre, cantó el Te Deum del maestro Eslava.

LA SALIDA

Terminado el Te Deum, la comitiva regia se puso en marcha.

La Familia Real salió de la iglesia con el mismo ceremonial con que había entrado, siendo despedida hasta el pórtico por el obispo de Sión, que le dió el agua bendita, y por el cardenal Sancho.

Las varas del palio han sido llevadas por los capellanes de honor de la Real Capilla, D. Joaquín Pérez San Julián, don Antonio Pacín, D. Pedro Pineda, D. Luis Calpena, D. Cándido Manzano y D. Antonio Toral, y la cruz por el sacristán mayor D. Juan Sánchez.

Ha oficiado de maestro de ceremonias D. Vicente Rodríguez y de receptor el señor Jiménez.

A la ceremonia religiosa también han asistido los sacristanes de la Real Capilla.

A la misa han concurrido el secretario general del Gobierno civil Sr. Diaz Méry, el coronel del Cuerpo de Orden público Sr. Elias y el jefe de Vigilancia señor Ibarrola.

POR LAS CALLES

PRINCESA Y LEGANITOS

Tan pronto como el coche se puso en marcha al paso largo de los caballos, el inmenso gentío que esperaba al Rey frente al Buen Suceso empezó á aclamarle con entusiasmo.

Un grupo bastante numeroso de estudiantes, de gentes del pueblo y de muchachos echó tras el coche regio, aclamando á S. M.

Apenas había un balcón que no ostentara vistosas colgaduras y que no se hallara repleto de caballeros y de elegantes y hermosas mujeres.

Todos saludaban efusivamente al paso del Rey; todos agitaban sus pañuelos con entusiasmo, y de muchos balcones caía un verdadero diluvio de ramos de flores.

El público, que á pie firme y llevando materialmente las aceras de las calles de la Princesa y Leganitos, esperaba á la regia comitiva, se oyó sus aclamaciones.

Durante este trayecto, las ovaciones se siguieron sin interrupción, y en algunas ocasiones el entusiasmo rayó en delirio.

El Rey, con semblante risueño, que demostraba bien á las claras la viva satisfacción que experimentaba en aquellos momentos, se volvía á un lado y á otro para saludar y dar las gracias al público, que con tanto afán le aclamaba.

Al promediar la calle de la Princesa, la ovación que se hizo á SS. MM. fué tan entusiástica, tan estruendosa, la cantidad de flores arrojada desde los balcones de una casa, tan enorme, que el Rey y el Príncipe de Asturias se pusieron en pie para corresponder debidamente con sus saludos cariñosos á quienes de modo tan manifiesto, tan ostensible, tan extraordinario vitoreaban al Rey.

Des de un colegio se le hizo también una calorosa ovación.

En la calle de Leganitos era muy difícil el paso, porque el gentío era numerosísimo.

Cien veces estuvimos expuestos los periodistas á ser atropellados por los caballos de los que formaban la comitiva, pues el público se aglomeraba, estrujándose materialmente por presenciar el paso del Rey y por aclamarle.

En esta calle S. M. fué muy ovacionado.

EN LA PLAZA DE SANTO DOMINGO

Al llegar el Rey con su brillante comitiva á la plaza citada, el entusiasmo fué delirante.

Los niños del Colegio de Jesús, establecido en la calle de la Bola, en cuanto vieron al Monarca comenzaron á vitorearle.

Algunos gritaban: «Viva el Rey valiente! Viva Alfonso XIII!»

En la Cuesta de Santo Domingo estaba situado el regimiento de lanceros de la Reina.

En la bocanilla de la de San Bernardo había también fuerzas de Caballería.

Al pasar el Rey frente á la casa del conde de Torre Hermosa, los vivos fueron atronadores.

De los balcones arrojaron gran número de ramos y flores.

to Domingo á la mitad de la calle de Preciados.

Los vitores y aplausos fueron ensordecedores; pero ovación como la que se hizo al Rey en la calle de Preciados, frente al número 31, es imposible que pueda ser superada.

Hombres, señoras y niños saludaban con sombreros y pañuelos.

Las flores y ramos que arrojaban llegaron á tapizar el suelo.

Lo mismo sucedió frente á la casa número 3.

Los balcones estaban literalmente llenos de preciosas mujeres.

Al pasar el Monarca por delante y cubriéndose el coche de flores, fué obra de un momento.

Cuando no habían acabado de caer las flores, una exclamación de alegría salió de todo el público al ver el inmenso número de palomas blancas que las señoras arrojaron al Rey desde los balcones.

Un aplauso unánime premió la demostración de adhesión á Don Alfonso.

En los balcones de la Compañía de Alabardero por alcohol había muchas jóvenes que aclamaron al Monarca.

Las ovaciones no paraban solo de los balcones, sino que también las iniciaba el público que estaba en la calle.

Al ver al Rey muchas señoras le daban vivos, pero algunas no podían hacerlo, pues era niales su emoción y alegría que se les saltaban las lágrimas.

Los estudiantes han dado pruebas de su entusiasmo por el Rey, pues tanto en la plaza de Santo Domingo como en la calle de Preciados, fueron rodeando el coche regio sin cesar de vitorearle.

El Monarca correspondía á los vitores con sonrisas y saludos militares, teniendo singular cuidado al pasar frente á las banderas de cada uno de los regimientos que cubrían la carrera, de ponerse de pie en el vehículo y saludar, encarándose.

EN LA PUERTA DEL SOL

A las diez de la mañana el décimo regimiento Montado ocupa casi toda la Puerta del Sol, empezando desde ese momento la animación en dicho sitio.

Los balcones todos parecían engalanados, destacándose los de Gobernación por los vistosos tapices que lucían y los de un piso del Hotel de la Paz, engalanados con los colores de la bandera francesa, y otro de la casa escuadrada á la calle de Correos, en donde se hallaban entrelazadas banderitas españolas y francesas.

La animación crece por momentos, á medida que el tiempo avanza.

A las once y cinco se cyea hacia la calle del Arenal los acordes de un pasodoble.

Era la primera brigada de Infantería que después de haber formado en el Paseo de San Vicente, iba á cubrir la carrera entre Palacio y la plaza del Calao.

Era en primer término el regimiento de Covadonga.

La fuerza de Artillería del 10.º Montado, que estaba iba á tierra, montó á caballo á cruzar los Cuernos de Infantería. Produjose una ligera alarma, la gente arremolinándose, y bien pronto se supo que todo aquello había obedecido á que un joven, humildemente vestido, había tenido frases maldicientes contra un capitán de Covadonga, siendo detenido por orden de éste y entregado á los agentes de Orden público.

Otra nueva alarma se produjo con motivo de haberse echado sobre el público el caballo del jefe de Estado Mayor de la brigada mencionada, cayendo al suelo varias señoras.

Después de las once y media las fuerzas de Orden público, como los guarfias de Policía, resultaban impotentes para contener la avalancha del público, el cual trataba á toda costa de rebasar las líneas formadas por las tropas.

A las doce menos diez se oyen los toques de atención de los cornetes.

La expectación que se produce es muy grande.

Los balcones todos están atestadísimos, abundando el bello sexo.

Las tropas presentan armas y se escucha la Marcha Real.

Serían las doce menos cinco cuando los bati ones de la Escolta Real entraban en la Puerta del Sol.

Al mismo tiempo multitud de palomas cruzaban la Puerta del Sol, dirigiendo sus vuelos á los balcones de las casas. Procedían de la calle de Preciados, en donde habían sido arrojadas al paso del Monarca.

El coche regio divisase, y al silencio que el anuncio de su presencia produjo sucedió una ovación estruendosa.

Desde muchos balcones arrojaron flores al coche; en todos ellos no se ve más que un continuo agitar de pañuelos.

En ese momento el espectáculo es soberbio.

El coche avanzaba despacio y rodeado por la multitud.

Creemos que se hacía imposible toda clase de vigilancia.

que hubiera sido imposible colocar en ellos una persona más.

Uno de los que con más entusiasmo vitoreaba desde los dichos balcones al Rey, era el marqués de la Vega de Armijo.

EN LA ARMERIA

Al final de la calle de Bailén los soldados que cubrían la carrera formaban un semicírculo, cerrando el acceso á la plaza de Oriente y dejando expedita la inmensa plaza de la Armería, en la cual una sección de guardias de orden público de á pie y de á caballo impedían la entrada de curiosos.

La privación duró únicamente lo que tardó en presentarse el cortejo real. A pesar de los heroicos esfuerzos de los guardias, los grupos que rodeaban el coche de S. M., aclamándole y vitoreándole, forzaron el pelotón de guardias que se oponía á su paso, y tras ellos siguió la muchedumbre, precipitándose como una avalancha, primero en la plaza, y después en el patio de la Armería, entre las ruedas de los carruajes del séquito y los caballos de la Escolta Real.

Ha sido un verdadero milagro que no ocurrieran desgracias.

La muchedumbre, siempre rodeando el coche de su Soberano, atravesó el patio de la Armería y penetró en las galerías de Palacio, volviendo á salir, una vez que S. M. subió la escalera, á la plaza de Oriente.

Eta presentaba imponente y grandioso aspecto.

Jardines, paseos, escalinatas, barandillas, todo estaba atestado de gente.

Había gente en las farolas del alumbrado, en los pedestales de las estatuas, hasta en los mostradores de los puestos de agua.

De los árboles pendían racimos de muchachos.

Los carruajes, en tres filas, llenaban el arroyo.

A los gritos y aplausos de la muchedumbre, S. M. el Rey se presentó en el gran balcón, que estaba adornado con una colgadura de terciopelo rojo.

Su presencia fué acogida con un aplauso atronador y vivos delirantes.

Don Alfonso, radiante de satisfacción y de alegría, saludaba con los ros, con las manos, con la cabeza, con grandes y profundas reverencias, que arrancaban nuevos vivos, nuevos aplausos, nuevas aclamaciones.

Los clarines de la Escolta Real, alineada enfrente del balcón, rasgaron el aire con vibrante soní o y las bandas entonaron la Marcha Real.

Fuó un momento verdaderamente emocionante. Millares de sombreros, de gorras, de manos, de pañuelos se agitaban sobre la masa compacta de la muchedumbre. Las mujeres, subidas de pie en los coches, se descalzaban los guantes para aplaudir mejor.

Detrás de S. M. apareció su angustia hermana la Infanta doña María Teresa, conmovida, emocionada, y llevándose el dedo en cuando el pañuelo á los ojos.

Después apareció S. M. la Reina, saludando á la muchedumbre con el pañuelo.

Un aplauso unánime acogió á S. A. la Infanta doña Isabel. Después fueron apareciendo en el balcón el Príncipe D. Carlos, el Infante D. Alfonso, el conde de S. Santia, el Presidente del Consejo...

Los balcones laterales se llenaron de uniformes, altos funcionarios, personal palatino, jefes y oficiales, bellas y elegantes damas.

Las ovaciones al Rey seguían sin interrupción. Este continuaba saludando á su pueblo.

Un grupo de muchachas subidas sobre un coche creyeron reconocer al hijo del Príncipe D. Carlos, al Infante D. Alfonso, en un niño vestido de blanco que asomaba su cabeza tras los cristales de uno de los balcones, y se pusieron á aplaudir entusiasmadas, dirigiendo sus miradas al balcón.

El público se dió cuenta entonces de su presencia, y aplaudió también.

El angelito, de pie en las rodillas de su aya, saludaba á la muchedumbre con su manita enguantada de blanco.

Los soldados, al pasar por delante del balcón, daban vista á la izquierda.

Los de caballería aclamaban al Rey, que les contestaba saludándoles con visible complacencia.

Un batallón de cazadores pasó tocando «La Marsellesa», delicadamente rendida al país en que nuestro Monarca ha venido tan entusiasmado acogido.

El Rey aplaudió, secundándole con gran entusiasmo el público, dándose vivas á Francia.

Otro regimiento tocó, al pasar, la «Marcha del Ejército de Sambre-et-Meuse», canto patriótico francés.

El desfile terminó muy cerca de las dos de la tarde.

EN PALACIO

Desde poco después de las once ofrecía la escalera de honor del regio Alcázar un deslumbrador conjunto.

En su doble tramo formaba el Real Cuerpo de Alabarderos, y seguían las filas hasta el vestíbulo.

Aunque los gentileshombres, grandes de España y las damas de la Reina, estaban citados en la Cámara, pronto la abandonaron para esperar al Rey al pie de la gran escalera, juntamente con los ministros, mayor como de semana, gentileshombres de casa y boca, oficiales mayores de Alabarderos, diputados, senadores, y Comisiones muy nutridas del Ejército y la Armada.

No se concibe más esplendor.

Ya el Monarca se destacaba bien al llegar á la meseta de los Leones, dando el brazo á su angustia madre, cuya faz revelaba la más viva emoción.

Tras SS. MM. subía la Infanta doña María Teresa, llevando sobre la copa de su negro sombrero rosas de la ovación que hubo en las calles.

Algo distanciado ascendían por la gran escalera las Infantas doña Isabel y doña Eulalia y los Infantes D. Carlos y D. Alfonso, rodeados por aquella brillante concurrencia.

En la más alta meseta, entre las entradas á la saleta y al salón de armas, salió á recibir al Rey y ofrecerle un ramo de flores el Infante D. Alfonso, heredero de la Corona.

El Rey lo aceptó y colmó de caricias al augusto niño.

La escena resultó conmovedora y de ternura.

El pueblo seguía en el vestíbulo sus aclamaciones al Monarca, cuando ya la corte estaba en la antecámara.

Los Reyes continuaban saludando á cuantos veían á su alcance, y recibían enhorabuena.

La etiqueta dejó su rigor para dar margen á expansiones del entusiasmo por Don Alfonso XIII, y sin distinción de clases y categorías, y sin exigencias de indumentaria, se franqueó la entrada á cuantos habían recibido á S. M. en la gran escalera de honor.

En la antecámara ocurrió un incidente cómico.

Por la puerta del cambio penetró un perro demasiado vivo. Era pequeño, canelo y muy inteligente. Se dijo que pertenecía á la Infanta Doña Eulalia.

El animalillo cruzó la antecámara y tuvo el buen instinto de ir derecho á acariciar al Rey. Don Alfonso le hizo algunas fiestas y lo mismo le trataron las demás personas reales hasta que el Infante Don Alfonso lo llevó hacia el canon con orden de S. M. de que no se le extraviara á su dueño.

El Rey y cuantos constituían su brillante séquito en Palacio se dirigieron hacia los balcones de la plaza de Oriente para presenciar el desfile de las tropas.

El balcón principal estaba engalanado con colgadura encarnada.

Al aparecer en el S. M. el Rey, el inmenso público que llenaba el gran espacio de la Plaza de Oriente, frente á Palacio, hizo al Monarca una ovación rayana en el delirio.

Se oyeron entre salvas de aplausos los vivos más pintorescos y entusiastas. ¡Viva el Rey valiente! ¡Viva el Rey! ¡Viva el Rey simpático! ¡Viva los valientes! ¡Viva el Rey estudiante! ¡Viva tu madre! ¡Viva hasta ¡Viva la novia del Rey! Aquello fué el delirio.

EL DESFILE

Desde Palacio era interesantísimo el cuadro que ofrecía la Plaza de Oriente en el momento de comenzar el desfile.

Sobre el fondo multicolor de la muchedumbre se destacaba frente al Regio Alcázar el escuadrón de Escolta Real, cuyas corazas reflejaban los rayos solares cuando del cielo se despejaba.

Delante del escuadrón se colocó el capitán general Sr. Macías, con su Estado Mayor.

El Rey tenía en el balcón principal de Palacio á su derecha al ministro de la Guerra y á su izquierda á la Reina, á las Infantas, al Príncipe viudo de Asturias y al Infante Don Alfonso de Orleans.

Detrás estaban los demás ministros y en los balcones comprendidos entre el despacho de S. M. y las habitaciones de la Infanta Doña María Teresa, cuantos se habían recibido al Monarca en la escalera de honor, predominando en ellos el elemento militar y palatino.

Desde los balcones de Palacio presenciaron también el desfile el cardenal Sancho, el padre Nozaleda, el obispo diocesano de la Habana y los de Sion y Madrid.

Era vistoso contemplar en los árboles racimos de muchachos, encaramados en los más alto, para ver mejor y dominar la situación.

Las estatuas de Sancho IV, Alfonso XI, Juan II, Isabel la Católica, Fernando V, Felipe II, Afonso, Theodorico, Levigido, Eurico, Suintila, Wamba y Don Pelayo soportaban el peso de muchos curiosos.

Desfiló el primero el regimiento del Rey. Don Alfonso saludó militarmente al estandarte morado, y el público con grandes aplausos, mezclados con vivas á S. M. y á la Real Familia. Las aclamaciones no cesaron durante el paso de las tropas.

La banda de Cazadores de Madrid tocó al desfilar dicho Cuerpo la Marsellesa, que el Rey y el pueblo recibieron con grandes aplausos; luego el Hino inglés, y en último término la Marcha Real. La ovación duró mientras los acordes se oyeron.

La Reina y las Infantas contestaban á los vivos saludando al pueblo con el pañuelo.

Algunos capitanes, al exclamar «soldados, viva el Rey», lo hicieron con visible entusiasmo y potente voz. El pueblo los aclamó, colmados de aplausos.

La tropa, al contestar «viva», hizo resaltar que no se limitaba á cumplir un deber de Ordenanza, sino que respondía á sentimientos de su corazón.

La última que desfiló fué la sufrida y benemérita Guardia Civil. Lo hizo admirablemente. Sus filas tenían una corrección perfecta. El público aplaudió al escuadrón.

El cabo de cornetas, al entonar Marcha, hizo filigranas que gustaron mucho á la multitud.

El desfile duró hasta la una y media de la tarde.

Al retirarse el Rey del balcón fué ovacionado.

A los aplausos y

